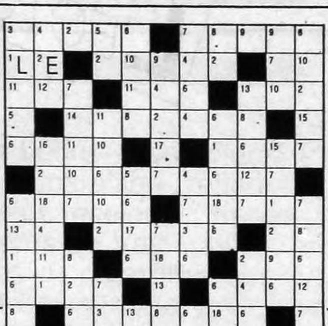
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



3	4	2	5	6	■	7	8	9	9	8
1 L	2 E	■	2	10	9	4	2	■	7	10
11	12	7	■	11	4	6	■	13	10	2
5	■	14	11	8	2	4	6	8	■	15
6	16	11	10	■	17	■	1	6	15	7
■	2	10	6	5	7	4	6	12	7	■
6	18	7	10	6	■	7	18	7	1	7
13	4	■	2	17	7	3	6	■	2	8
1	11	8	■	6	18	6	■	2	9	6
6	1	2	7	■	13	■	6	4	6	12
8	■	6	3	13	8	6	18	6	■	7

SOLUCION MIERCOLES



E	N	T	R	A	D	A	S	■	P	A
P	E	■	E	C	O	S	■	B	A	R
O	■	A	T	U	N	■	B	A	Ñ	O
C	A	Ñ	O	N	■	R	O	J	O	S
A	M	O	■	A	R	E	N	A	L	■
S	A	■	A	R	A	D	O	■	E	L
■	N	U	D	O	S	O	■	E	T	A
V	E	R	A	N	■	M	O	J	A	D
A	C	O	N	■	L	A	V	E	■	E
L	E	S	■	M	O	D	A	■	U	R
E	R	■	D	E	S	O	L	A	D	A



Página/2/3



Verano/12

SUSTENTO

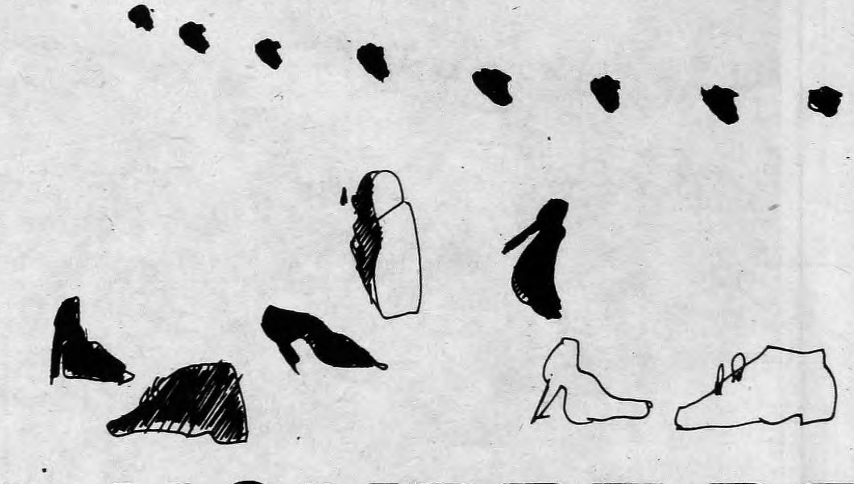
(Por Manuel Vicent) Existe un alimento sagrado en el Mediterráneo que no se ha movido desde el tiempo de los faraones. Sus ingredientes son humildes y esenciales: harina de trigo, aceite de oliva, sal de mar y una anchoa austerísima, desolada. Con estos elementos el dios Osiris, padre de todos los misterios, fabricó una torta con sus propias manos y luego él mismo en procesión la llevó al horno de leña que ardía en los sótanos del templo primitivo de Tebas y durante la cocción los sacerdotes egipcios entonaron un himno de acción de gracias, según está escrito en el Libro de los Rituales. Esta vianda aparece pintada en las paredes interiores de las mastabas de Menfis, en las tumbas del Valle de los Reyes y también fue hallada formando parte del templo de Tutankamon en un recipiente de oro junto a otros manjares que servían para cruzar la eternidad. Ahora yo la como dos veces por semana en Denia bajo la noche estrellada o a la sombra de una parra al mediodía deslumbrado por la mar, pero no olvido el largo camino que ha recorrido a través de la cultura hasta llegar a mi mesa.

Esta pequeña torta de pan con aceite y sal sobre la que se extiende el pez más ascético sustentó de forma primordial todas las navegaciones fenicias, estuvo presente en los banquetes de Minos en su palacio de Creta, fomentó el músculo de Aquiles frente a las murallas de Troya, y dio resistencia al divino Odiseo, llenó el estómago de los profetas, jueces y patriarcas del Antiguo Testamento, se transformó en filosofía con los estoicos paganos y en un sueño de la mente con los anacoretas del cristianismo.

No es más que un poco de harina, aceite, sal y una anchoa antigua. Esta torta se halla a ras de la naturaleza y hay que tomarla entre amigos que sepan degustar el refinamiento de la austeridad. Mientras se parte ese pan, uno debe pronunciar palabras sencillas y si habla de travesías por la mar o el amor, la sobriedad de ese sustento requiere que todo cuanto se diga sea verdadero, natural, de acuerdo con la humilde luz que despide en ese momento nuestro corazón.







EL HOMBRE DE

Por Carlos León

Las casas, como los trajes, adquieren al cabo de cierto tiempo la personalidad de sus propietarios.

Tal ocurría con la de mi amigo N.N., construida *ad hoc* en la empinada ladera de un cerro, para evitar, según confesión propia, la visita de su suegra, a la sazón enferma de reumatismo.

Era una casa con alma de corredor, pues tenía una puerta en cada extremo. Por ella circulaba una población abigarrada, de curiosos relieves, imprevista: cuidadores nocturnos de enfermos, monologuistas sin contrato, santeros, licoristas, amigos de los perseguidos de toda índole. Mi amigo era dirigente de una organización un tanto excéntrica.

La tertulia resultaba siempre inusitada y novedosa. Todo el mundo podía echar su cuatro de espadas. Se hablaba en forma personalísima de los temas más diversos.

Eustaquio Vera, moreno, taciturno, vivía en estado de permanente indignación. Le gustaba hacer una deprimente biografía del peso chileno, desde aquellos dorados tiempos en que valía veinticuatro peniques. En su desarrollo ladroneaba a todo el mundo. Según sus puntos de vista, el día en que se restaurara el valor del peso a doce peniques, habrían concluido los problemas nacionales. Se le escuchaba sin agrado, más bien por principio.

El dueño de casa, poseedor de una ruda cordialidad, cuando el orador se extendía demasiado solía decirle: "Bueno, compañero, está hablando mucho". El interpelado sumíase entonces en un silencio desdeñoso.

Don Juan Erices, sureño, gordito, de mejillas rosadas, tenía alma de cántaro. Discrepaba, dulcemente, con lo establecido, por razones meramente doctrinarias; en el fondo prefería cantar sus propias composiciones acompañándose del acordeón. A este último instrumento le había dedicado un poema titulado *Oda a la cuncuna.* Aún recuerdo su canción favorita que comenzaba con los siguientes versos: "Dejé un amor en Temuco/ y no lo puedo olvidar". Más tarde se hablaba del bimetalismo, de las leyes de Malthus, de la acción directa y, por qué no decirlo, de aparecidos y fantasmas. Pese al carácter pedagógico de las reuniones, este último era el tema favorito.

En la casa de mi amigo no se hacía una tertulia a la manera francesa, tampoco una academia; sin embargo, allí, cada visitante encontraba la posibilidad de decir unas cuantas palabras, de ser tomado en cuenta, de afirmarse, en suma, como ser humano.

Nuestras esquinas

Las calles, como las personas tímidas, cuando se encuentran se cortan. Así nacen las esquinas. En ellas radica el carácter de las ciudades.

Nuestro puerto tiene esquinas singulares. La formada por las calles Cochrane y Carampangue tiene dos personalidades, como el Dr. Hyde.

Durante el día es apacible, laboriosa y tan servicial que las personas previsoras, amigas de viajar sentadas, llegan hasta ella para encontrar una cómoda movilización. Después de medianoche cambia, tórnase agresiva, ruidosa y predispone a sus visitantes, con la vigorosa ayuda de nuestros excelentes vinos criollos, a recordar agravios antiguos o imaginarios. Del recuerdo a la acción directa existe sólo un paso. Como se trata de un paso corto, nadie deja de darlo. Suelen formarse entonces bataholas descomunales, a las cuales puede ser arrastrado cualquier inocente transeúnte. A esa hora es una esquina realmente peligrosa.

En el ángulo de la Plaza O'Higgins, en que se cortan la avenida Pedro Montt y calle Rawson, ciertos piadosos oradores, armados de dramática elocuencia, junto con pregonar con rabiosa alegría sus propios pecados exhortan al auditorio a seguir el camino que los libere de los suyos. Otros oradores, menos piadosos, pero tan elocuentes como los primeros, prefieren aligerar los bolsillos de los oyentes a cambio de prodigiosos quitamanchas o herramientas inconcebibles.

La ecuación elocuencia-credulidad, un tanto venida a menos y tan dañina, conserva aún cierto prestigio en esa esquina.

La formada por la intersección de las calles Prat y Tomás Ramos es poderosa y constitucional. En sus inmediaciones, no muy distante uno del otro, pero convenientemente separados, como aconseja la doctrina, dos poderes públicos levantan sus sobrios edificios. En cierto sentido, esa esquina constituye una lección viva y objetiva de civismo.

La formada por las calles Cochrane y Prat es tranquila, burguesa, casi puritana, pues carece de vida nocturna y es esclava del reloj.

Por las noches, las campanadas de este último, el rumor de la ciudad en reposo y los pasos cansados de algún vigilante nocturno son su única compañía.

En nuestros recuerdos siempre existe alguna esquina, pero se trata de esquinas íntimas, privadas. De ellas, como se comprenderá, nada diremos.

Injusticia

Don Alberto S..., obrero municipal, encargado del Jardín San Pedro, de Playa Ancha, poseía un corazón susceptible. Se enamoraba, en silencio, de cuanta niñera llegaba a sus dominios. Sin embargo, sus amores nunca pasaban de las ilusiones y suspiros, pues tenía esa timidez que se atribuye a los colegiales.

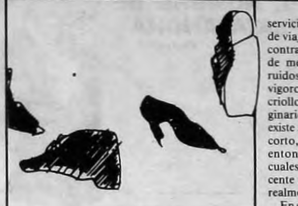
Al sentirse flechado, invariablemente se acercaba a nosotros, a la sazón estudiantes, y, refiriéndose al objeto de sus ocupaciones, nos decía con alegre convicción: ¡Buena la tonta! ¿No?

La tonta, que no lo era en absoluto, consciente del interés despertado, comenzaba a presumir: se alisaba la falda o le venía una súbita preocupación por el infante a su cargo, al cual propinaba de paso uno que otro pescozón.

Nosotros lo exhortábamos a la acción di-

EL HOMBRE DE PLAYA ANCHA

Los ocho libros de Carlos León —que falleció hace pocas semanas en Valparaíso— refieren asuntos cotidianos: sueños cancelados, trenes que llevan al sur, peluqueros de Valparaíso, calles de Iquique y marcas de cigarrillos que ya no existen. Su escritura es sencilla y precisa, como la de un telegrafista melancólico y sarcástico. De sus libros "El hombre de Playa Ancha" y "Algunos días", se ofrecen en esta edición algunos pasajes.



Por Carlos León

Las casas, como los trajes, adquieren al cabo de cierto tiempo la personalidad de sus propietarios.

Tal ocurría con la de mi amigo N.N., construida *ad hoc* en la empinada ladera de un cerro, para evitar, según confesión propia, la visita de su suegra, a la sazón enferma de reumatismo.

Era una casa con alma de corredor, pues tenía una puerta en cada extremo. Por ella circulaba una población abigarrada, de curiosos relieves, imprevista: cuidadores nocturnos de enfermos, monologuistas sin contrato, santeros, licoristas, amigos de los perseguidos de toda índole. Mi amigo era dirigente de una organización un tanto excéntrica.

La tertulia resultaba siempre inusitada y novedosa. Todo el mundo podía echar su cuatro de espadas. Se hablaba en forma personalísima de los temas más diversos.

Eustaquio Vera, moreno, taciturno, vivía en estado de permanente indignación. Le gustaba hacer una deprimente biografía del peso chileno, desde aquellos dorados tiempos en que valía veinticuatro peniques. En su desarrollo ladroneaba a todo el mundo. Según sus puntos de vista, el día en que se restaurara el valor del peso a doce peniques, habrían concluido los problemas nacionales. Se le escuchaba sin agrado, más bien por principio.

El dueño de casa, poseedor de una ruda cordialidad, cuando el orador se extendía demasiado solía decirle: "Bueno, compañero, está hablando mucho". El interpelado sumíase entonces en un silencio desdeñoso.

Don Juan Erices, sureño, gordito, de mejillas rosadas, tenía alma de cántaro. Discrepaba, dulcemente, con lo establecido, por razones meramente doctrinarias; en el fondo prefería cantar sus propias composiciones acompañándose del acordeón. A este último instrumento le había dedicado un poema titulado *Oda a la cuncuna.* Aún recuerdo su canción favorita que comenzaba con los siguientes versos: "Dejé un amor en Temuco/ y no lo puedo olvidar". Más tarde se hablaba del bimetalismo, de las leyes de Malthus, de la acción directa y, por qué no decirlo, de aparecidos y fantasmas. Pese al carácter pedagógico de las reuniones, este último era el tema favorito.

En la casa de mi amigo no se hacía una tertulia a la manera francesa, tampoco una academia; sin embargo, allí, cada visitante encontraba la posibilidad de decir unas cuantas palabras, de ser tomado en cuenta, de afirmarse, en suma, como ser humano.

Nuestras esquinas

Las calles, como las personas tímidas, cuando se encuentran se cortan. Así nacen las esquinas. En ellas radica el carácter de las ciudades.

Nuestro puerto tiene esquinas singulares. La formada por las calles Cochrane y Carampangue tiene dos personalidades, como el Dr. Hyde.

Durante el día es apacible, laboriosa y tan servicial que las personas previsoras, amigas de viajar sentadas, llegan hasta ella para encontrar una cómoda movilización. Después de medianoche cambia, tórnase agresiva, ruidosa y predispone a sus visitantes, con la vigorosa ayuda de nuestros excelentes vinos criollos, a recordar agravios antiguos o imaginarios. Del recuerdo a la acción directa existe sólo un paso. Como se trata de un paso corto, nadie deja de darlo. Suelen formarse entonces bataholas descomunales, a las cuales puede ser arrastrado cualquier inocente transeúnte. A esa hora es una esquina realmente peligrosa.

En el ángulo de la Plaza O'Higgins, en que se cortan la avenida Pedro Montt y calle Rawson, ciertos piadosos oradores, armados de dramática elocuencia, junto con pregonar con rabiosa alegría sus propios pecados exhortan al auditorio a seguir el camino que los libere de los suyos. Otros oradores, menos piadosos, pero tan elocuentes como los primeros, prefieren aligerar los bolsillos de los oyentes a cambio de prodigiosos quitamanchas o herramientas inconcebibles.

La ecuación elocuencia-credulidad, un tanto venida a menos y tan dañina, conserva aún cierto prestigio en esa esquina.

La formada por la intersección de las calles Prat y Tomás Ramos es poderosa y constitucional. En sus inmediaciones, no muy distante uno del otro, pero convenientemente separados, como aconseja la doctrina, dos poderes públicos levantan sus sobrios edificios. En cierto sentido, esa esquina constituye una lección viva y objetiva de civismo.

La formada por las calles Cochrane y Prat es tranquila, burguesa, casi puritana, pues carece de vida nocturna y es esclava del reloj.

Por las noches, las campanadas de este último, el rumor de la ciudad en reposo y los pasos cansados de algún vigilante nocturno son su única compañía.

En nuestros recuerdos siempre existe alguna esquina, pero se trata de esquinas íntimas, privadas. De ellas, como se comprenderá, nada diremos.

Injusticia

Don Alberto S..., obrero municipal, encargado del Jardín San Pedro, de Playa Ancha, poseía un corazón susceptible. Se enamoraba, en silencio, de cuanta niñera llegaba a sus dominios. Sin embargo, sus amores nunca pasaban de las ilusiones y suspiros, pues tenía esa timidez que se atribuye a los colegiales.

Al sentirse flechado, invariablemente se acercaba a nosotros, a la sazón estudiantes, y, refiriéndose al objeto de sus ocupaciones, nos decía con alegre convicción: ¡Buena la tonta! ¿No?

La tonta, que no lo era en absoluto, consciente del interés despertado, comenzaba a presumir: se alisaba la falda o le venía una súbita preocupación por el infante a su cargo, al cual propinaba de paso uno que otro pescozón.

Nosotros lo exhortábamos a la acción directa y hasta le sugeríamos un plan de conversación. El se avergonzaba por anticipado; le parecía estar en presencia de su dama y entre gozoso y aterrorizado decía: ¡Me da vergüenza!

Este espectáculo se repetía con frecuencia sin que jamás nuestro amigo pasara de la potencia al acto.

Un día, sin embargo, se atrevió. Quedamos vivamente preocupados. En un sentido muy particular, nos sentíamos curiosamente comprometidos con la aventura.

Volvió pronto, sonriendo sin alegría.
—Me fue mal —nos dijo, sin dejar de sonreír—. Se anduvo enojando —concluyó en voz baja.

Ese acontecimiento simple, protagonizado por un hombre simple, nos produjo un inexplicable malestar, pues tuvimos la impresión de haber percibido, por primera vez, un misterioso matiz de la injusticia.

Carta de una desconocida

Una desconocida me ha escrito una carta. Dice en ella que es joven y bonita. Sufre y no sabe por qué. Esto último me hace pensar que es realmente joven. A esa edad se sufre a veces de pura exuberancia y felicidad.

Es de una pequeña aldea del sur y carece de amigos. Sólo una que otra muchacha la acompaña al correo de su pueblo, donde concurre para entretenerse un poco, bajo una lluvia incesante, a buscar una carta imaginaria.

Languidece entre un televisor y su madre. Esta última, carente de alegría, vive apagando las luces de la casa.

Me expresa que ha leído alguno de mis libros y los ha encontrado un poco tristes, pero le gustaría que le escribiera cualquier cosa.

Pese a la indudable autenticidad de la carta, he decidido no contestarle. Esta decisión me deja un regusto amargo, como si estuviera cometiendo alguna deslealtad.

¿Pero de qué podría escribirle? No lo sé. Tal vez de viejas y remotas aldeas del norte o del sur, gastadas por el tiempo, con flores y muchachas como flores, condenadas ambas a marchitarse, inexorablemente, las últimas detrás de sus ventanas, donde esperan tejiendo ensueños, como si bordaran sobre el lino motivos inútiles, mientras otean al galán que no vendrá jamás.

A esos lugares dormidos no llega nunca ningún hombre con rostro de novio y por sus calles transita sólo el viento o algún lugareño anciano, pues los jóvenes emigran apenas llegan a la pubertad.

A esas muchachas se les viene de pronto la edad y con ella la resignación con jaleas, mermeladas y tejidos que preparan minuciosamente para el invierno; y por las noches, el recuerdo de enfermedades y decesos de amigos y parientes, y, a veces, el de un joven que las miró encendiéndolas como una lámpara y que, como una lámpara, se extinguió de súbito. Esta frustración, esta vecindad con la nada que las radica en la indefensión, tornándolas carentes de recursos y tribunales donde impetrar sus derechos, como no sea el tiempo, Corte Suprema del olvido, las sitúa en la injusticia, una injusticia más honda que la de los códigos.

No, decididamente, no le responderé nada; correría el riesgo, si su desazón es verdadera, de ensombrecerla más aún, o de despertar a un sonámbulo.

En Playa Ancha

El primer barrio en que viví cuando llegué a Valparaíso fue Playa Ancha. Había en él personalidades verdaderamente notables. Estaba, desde luego, el "Burro", hombre singular, una especie de fakir, pero para el tinto. Cuando alguno de los del lote compraba una botella de *litreado* que salía *picado*, o simplemente vinagre y, por añadidura, imposible de beber, el "Burro" lo paladeaba como si fuera un Cousiño Macul diciendo:

—No está nada de malo el vinito.

Otra personalidad vigorosa era Vidal, de profesión jornalero, hombre alegre y jocundo, hijo del almacenero del barrio, a quien primero los niños, y después todo el mundo, llamaban don Ricardo Corazón de Piedra.

Un día encontré a Vidal acompañado de su cónyuge, mujer flacuchenta vestida de negro, muy pulcra, con los zapatos excesivamente lustrados, caminando un paso detrás de su marido. Afeaba su rostro una enorme mancha violácea, que protegía su virtud más que un cinturón de castidad.

Vidal juzgó oportuno presentármela. La mujer, consciente de la solemnidad del acto, poniendo cara de circunstancias, me estrechó la mano.

—Claro que la cara no le acompaña mucho —dijo Vidal mirándola con ternura, dando a entender que estaba llena de virtudes morales.

Las Muñoses también eran vecinas del barrio. Lindas y sucias, les gustaba tomar el sol sentadas en la puerta de su casa, mostrando, sin proponérselo, sus bien torneadas piernas, lo que inquietaba a las mujeres casadas, pues las primeras eran bastante desprejuiciadas. Las Muñoses vivían de cualquier manera, pero lo hacían alegremente.

Todos nos reuníamos en la peluquería del barrio. Allí se jugaba dominó o a la brisca, y se bebía un vinillo tinto espeso de campeche.

Todas las radios tocaban "Noche de ronda", cantada por la voz incomparable de Pedro Vargas, y todavía se escuchaba la bellísima voz de Ignacio Corsini cantando "El olvido" o "Betinotti". Por otra parte, Carlos Gardel interpretaba "Vieja recova" o "Farabute"; mientras nuestro anfitrión dormía a pierna suelta. Las canciones mencionadas y nuestras conversaciones le servían de canción de cuna.

Yo pololeaba con una chica de apellido Díaz, de muslos satinados y rostro de fucsia y un ingenio deslumbrante, mientras la neblina de Playa Ancha, como gasa sutil, lo envolvía todo, limando las asperezas, suavizando los contornos y dulcificando el ambiente.



Los ocho libros de Carlos León —que falleció hace pocas semanas en Valparaíso— refieren asuntos cotidianos: sueños cancelados, trenes que llevan al sur, peluqueros de Valparaíso, calles de Iquique y marcas de cigarrillos que ya no existen. Su escritura es sencilla y precisa, como la de un telegrafista melancólico y sarcástico. De sus libros "El hombre de Playa Ancha" y "Algunos días", se ofrecen en esta edición algunos pasajes.



PLAYA ANCHA

recta y hasta le sugeríamos un plan de conversación. El se avergonzaba por anticipado; le parecía estar en presencia de su dama y entre gozoso y aterrorizado decía: ¡Me da vergüenza!

Este espectáculo se repetía con frecuencia sin que jamás nuestro amigo pasara de la potencia al acto.

Un día, sin embargo, se atrevió. Quedamos vivamente preocupados. En un sentido muy particular, nos sentíamos curiosamente comprometidos con la aventura.

Volvió pronto, sonriendo sin alegría.

—Me fue mal —nos dijo, sin dejar de sonreír—. Se anduvo enojando —concluyó en voz baja.

Ese acontecimiento simple, protagonizado por un hombre simple, nos produjo un inexplicable malestar, pues tuvimos la impresión de haber percibido, por primera vez, un misterioso matiz de la injusticia.

Carta de una desconocida

Una desconocida me ha escrito una carta. Dice en ella que es joven y bonita. Sufre y no sabe por qué. Esto último me hace pensar que es realmente joven. A esa edad se sufre a veces de pura exuberancia y felicidad.

Es de una pequeña aldea del sur y carece de amigos. Sólo una que otra muchacha la acompaña al correo de su pueblo, donde concurre para entretenerse un poco, bajo una lluvia incesante, a buscar una carta imaginaria.

Languidece entre un televisor y su madre. Esta última, carente de alegría, vive apagando las luces de la casa.

Me expresa que ha leído alguno de mis libros y los ha encontrado un poco tristes, pero le gustaría que le escribiera cualquier cosa.

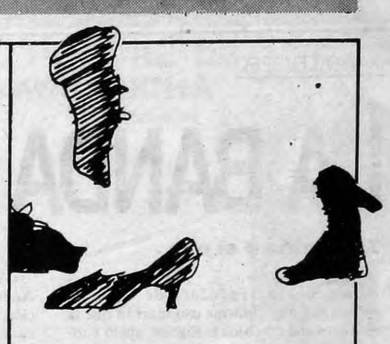
Pese a la indudable autenticidad de la carta, he decidido no contestarle. Esta decisión me deja un regusto amargo, como si estuviera cometiendo alguna deslealtad.

¿Pero de qué podría escribirle? No lo sé. Tal vez de viejas y remotas aldeas del norte o del sur, gastadas por el tiempo, con flores y muchachas como flores, condenadas ambas a marchitarse, inexorablemente, las últimas detrás de sus ventanas, donde esperan tejiendo ensueños, como si bordaran sobre el lino motivos inútiles, mientras otean al galán que no vendrá jamás.

A esos lugares dormidos no llega nunca ningún hombre con rostro de novio y por sus calles transita sólo el viento o algún lugareño anciano, pues los jóvenes emigran apenas llegan a la pubertad.

A esas muchachas se les viene de pronto la edad y con ella la resignación con jaleas, mermeladas y tejidos que preparan minuciosamente para el invierno; y por las noches, el recuerdo de enfermedades y decesos de amigos y parientes, y, a veces, el de un joven que las miró encendiéndolas como una lámpara y que, como una lámpara, se extinguió de súbito. Esta frustración, esta vecindad con la nada que las radica en la indefensión, tornándolas carentes de recursos y tribunales donde impetrar sus derechos, como no sea el tiempo, Corte Suprema del olvido, las sitúa en la injusticia, una injusticia más honda que la de los códigos.

No, decididamente, no le responderé nada; correría el riesgo, si su desazón es verdadera, de ensombrecerla más aún, o de despertar a un sonámbulo.



En Playa Ancha

El primer barrio en que viví cuando llegué a Valparaíso fue Playa Ancha. Había en él personalidades verdaderamente notables. Estaba, desde luego, el "Burro", hombre singular, una especie de fakir, pero para el tinto. Cuando alguno de los del lote compraba una botella de *litreado* que salía *picado*, o simplemente vinagre y, por añadidura, imposible de beber, el "Burro" lo paladeaba como si fuera un Cousiño Macul diciendo:

—No está nada de malo el vinito.

Otra personalidad vigorosa era Vidal, de profesión jornalero, hombre alegre y jocundo, hijo del almacenero del barrio, a quien primero los niños, y después todo el mundo, llamaban don Ricardo Corazón de Piedra.

Un día encontré a Vidal acompañado de su cónyuge, mujer flacuchenta vestida de negro, muy pulcra, con los zapatos excesivamente lustrados, caminando un paso detrás de su marido. Afeaba su rostro una enorme mancha violácea, que protegía su virtud más que un cinturón de castidad.

Vidal juzgó oportuno presentármela. La mujer, consciente de la solemnidad del acto, poniendo cara de circunstancias, me estrechó la mano.

—Claro que la cara no le acompaña mucho —dijo Vidal mirándola con ternura, dando a entender que estaba llena de virtudes morales.

Las Muñoses también eran vecinas del barrio. Lindas y sucias, les gustaba tomar el sol sentadas en la puerta de su casa, mostrando, sin proponérselo, sus bien torneadas piernas, lo que inquietaba a las mujeres casadas, pues las primeras eran bastante desprejuiciadas. Las Muñoses vivían de cualquier manera, pero lo hacían alegremente.

Todos nos reuníamos en la peluquería del barrio. Allí se jugaba dominó o a la brisca, y se bebía un vinillo tinto espeso de campeche.

Todas las radios tocaban "Noche de ronda", cantada por la voz incomparable de Pedro Vargas, y todavía se escuchaba la bellísima voz de Ignacio Corsini cantando "El olvido" o "Betinotti". Por otra parte, Carlos Gardel interpretaba "Vieja recova" o "Farabute"; mientras nuestro anfitrión dormía a pierna suelta. Las canciones mencionadas y nuestras conversaciones le servían de canción de cuna.

Yo pololeaba con una chica de apellido Díaz, de muslos satinados y rostro de fucsia y un ingenio deslumbrante, mientras la neblina de Playa Ancha, como gasa sutil, lo envolvía todo, limando las asperezas, suavizando los contornos y dulcificando el ambiente.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

7. La niña y el oso

La pequeña vendedora de violetas, enfrentada a un enorme oso marrón que la contemplaba con ojos malignos, apeló a toda su entereza. Pensó: "Ante un animal salvaje, lo que debe hacerse, según leí, es quedarse inmóvil". Y así lo hizo, con el resultado de que el oso pareció tranquilizarse o bien quedar un tanto perplejo, sin saber a ciencia cierta qué actitud tomar ante la jovencita. Pero ella sabía que esa situación no podía prolongarse indefinidamente; tarde o temprano ella se movería, o bien la curiosidad del animal lo llevaría a aproximarse a una distancia intolerable, o bien el animal la tocaría y ella habría necesariamente de gritar con espanto.

Cuando, tiempo después de los hechos que estamos narrando, el jefe Andrews despertó de su letargo, se encontró casi inmovilizado en un lugar oscuro, estrecho y con muy escasa provisión de oxígeno. Tardó un buen rato en hacer conciencia de lo que le había sucedido, pero su mente brillante encontró por fin la respuesta. Estaba en un ataúd, enterrado. Recordó al médico que iba a su lado en la ambulancia, y la inyección que le aplicara; se trataría sin duda de un producto que provocaba un estado de catalepsia, durante el cual parecían cesar todas las funciones vitales, aunque en realidad éstas se mantenían a un ritmo casi imperceptible. Un médico experto no se habría engañado, pero Andrews supuso que el certificado de defunción había sido firmado por el mismo médico traidor; y no se equivocaba. Trató de no desesperar; sabía que su situación era muy difícil y que probablemente no saldría de allí adentro con vida. Pero de pronto su mano tropezó con aquel paquetito que una figura misteriosa había deslizado inadvertidamente en el ataúd durante el velatorio; se trataba de un paquetito rectangular, algo envuelto en papel y atado con un hilo. Smithe Andrews movió torpemente los dedos en el reducido espacio, mientras procuraba enlentecer su respiración para consumir la menor cantidad posible de oxígeno, y encontró la resistencia de unos nudos apretados.

En China, a todo esto, las autoridades, enteradas por Jonathan Morris de la trágica suerte corrida por su embajador en la ONU, encargaron a su servicio secreto en Estados Unidos de confirmar la versión; esto se logró en pocas horas, y las autoridades chinas decidieron entonces secuestrar al embajador estadounidense en China y someterlo a un tratamiento similar, o si se quiere peor, que el recibido por su colega chino. Le cortaron brazos y piernas y los sustituyeron por brazos y piernas ortopédicos de muy baja calidad. En la misma operación, aprovechando la anestesia, le quitaron un pulmón y un riñón, y acortaron sensiblemente la extensión de sus intestinos. Lo dejaron sordo de un oído y disminuyeron bastante la audición del otro, y finalmente ubicaron dentro de su caja craneana una pequeña bomba atómica, de gran poder destructivo. Al depositarlo en el avión que lo devolvería a su patria le explicaron que esa bomba sería activada exclusivamente por una palabra que él mismo pronunciara; se trataba de una palabra inglesa cuya frecuencia de utilización habitual, según los estudiosos chinos, era promedialmente de una vez en una semana. No le dijeron cuál era esa palabra, y el embajador optó por no hablar, a pesar de los tormentos a que fue sometido por las autoridades de su propio país.

En aquella habitación de la casa de los secuestradores, la pequeña vendedora de violetas, inmóvil ante el oso, sufrió de pronto un terrible sobresalto cuando el oso avanzó las zarpas de su pata derecha y con pocos y muy hábiles movimientos rápidos desgarró todas sus ropas, que cayeron al piso hechas girones. En un movimiento instintivo, la pobre niña intentó cubrir con un brazo sus enormes pechos, mientras con la mano del otro brazo procuraba proteger su zona púbica de la insidiosa y maligna mirada del repulsivo animal.

(Próximo episodio: "Angus McCoy en acción")



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Se fue para arriba

Cierto fanático del montañismo aprovechó sus cortas vacaciones (de un lunes a un viernes) escalando cuanto cerro se le puso por delante. Deduzca qué cumbre escaló cada día, con qué inconveniente se topó en cada ascenso y qué fue lo que comió.

1. **En Los Gigantes (que es el más alto) encontró víboras. El día anterior había escalado el cerro más bajo, donde no tuvo problemas con los tábanos.**
2. **El miércoles comió fruta. Antes de ese día había escalado La Banderita; después de ese día, comió queso.**
3. **Dos días después de comer galletas escaló el Pan de Azúcar.**
4. **El cerro en que se pinchó con los cardos es más alto que el escalado el martes, pero más bajo que el Uritorco.**
5. **El jueves escaló el Cuadrado, pero no comió jamón ni queso. En ninguno de estos tres ascensos recibió raspones en las manos.**

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		CERRO					PROBLEMA					COMIDA				
		Cuadrado	La Banderita	Los Gigantes	Pan de Azúcar	Uritorco	Cardos	Chaparrón	Raspones	Tábanos	Víboras	Fruta	Galleta	Huevo duro	Jamón	Queso
DIA	Lunes															
	Martes															
	Miércoles															
	Jueves															
	Viernes															
COMIDA	Fruta															
	Galleta															
	Huevo duro															
	Jamón															
	Queso															
PROBLEMA	Cardos															
	Chaparrón															
	Raspones															
	Tábanos															
	Víboras															

DIA	CERRO	PROBLEMA	COMIDA

SOPA CIRCENSE

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ARLEQUIN
CAMERINOS
CARPA
DESFILE
DOMADOR
ELEFANTES
JAULAS
LEONES
LUCES
MALABARISTAS
ORQUESTA
PAYASOS
PERROS
PISTAS
PRESNTADOR
RED
SILLAS
TAQUILLAS
TRAPECIOS

F	S	O	R	R	E	P	D	S	D	I	C	N	O
U	R	Q	U	E	S	T	A	A	O	S	A	A	P
N	U	R	C	D	I	T	Q	U	M	N	M	R	R
A	D	Z	A	E	S	E	T	N	A	F	E	L	E
M	A	X	R	I	B	A	S	J	D	I	R	E	S
B	S	M	P	U	Y	E	A	B	O	O	I	Q	E
U	A	L	A	I	N	P	L	O	R	S	N	U	N
L	L	A	N	O	D	I	U	I	A	S	O	I	T
I	L	S	E	C	U	L	A	S	F	O	S	N	A
S	I	L	L	A	S	U	J	P	E	S	R	C	D
T	U	L	I	J	A	R	F	I	L	A	E	A	O
A	Q	A	T	S	E	U	Q	R	O	Y	P	D	R
S	A	T	S	I	R	A	B	A	L	A	M	I	A
A	T	R	A	P	E	C	I	O	S	P	D	I	L

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Abel, María, jazmín, marzo.
Jorge, Delia, rosa, abril.
Luis, Viviana, clavel, junio.
Matías, Julia, violeta, mayo.
Pedro, Paula, orquídea, julio.

SOPA DE RUMIANTES

C	A	M	E	L	L	O	B	E	R	N	Á	A	D
O	G	E	S	U	L	I	O	N	N	I	R	O	N
G	A	C	E	L	A	R	G	O	N	B	A	Y	U
U	C	A	A	P	O	A	L	C	E	O	M	E	I
V	N	B	T	T	E	D	L	C	G	E	Á	N	T
A	A	E	U	Y	R	E	N	O	S	E	L	S	V
C	F	I	C	E	I	M	A	L	M	U	L	A	Y
A	A	M	U	G	Y	O	K	A	P	I	Y	R	N
U	R	I	B	U	R	R	O	M	O	U	Y	B	C
A	I	R	I	A	Ñ	D	O	S	T	O	I	A	U
J	J	U	J	U	I	V	O	V	R	E	I	C	I
V	A	E	C	A	R	N	E	R	O	O	S	O	Y
O	G	Y	B	I	V	A	Y	O	H	G	B	E	A
R	E	B	R	A	N	D	R	O	R	A	B	C	B